

Janice Pariat

El corazón de las nueve estancias

Traducción del inglés de
Laura Salas Rodríguez

 Siruela

Nuevos Tiempos

Para quien se quedó a pasar la noche.

Es fácil amar.
ANAÏS NIN

EL SANTO
EL CARNICERO
EL TUTOR
LA ENTERRADORA
EL PROFESOR
EL FLORISTA
EL CRUZADO
EL FARERO
EL MARINERO

EL SANTO

Tienes doce años y me detestas.

Te niegas a pintar en mi clase porque crees que tus cuadros son feos. E intento decirte, como debe hacer todo buen profesor, independientemente de que lo crea o no, que mejorarás con la práctica. No estás de acuerdo. Te pone furiosa que haya algo que no puedas conseguir de inmediato, como una suma de matemáticas o un experimento de ciencias. Esto es arte, te digo, pero ya veo que eres una artista científica. Si es que tal cosa existe.

El resto de niños se arremolinan alrededor de las mesas, pintando y dibujando con salvaje abandono. A unos cuantos se les da bien de verdad. Tú no formas parte de ese grupo. Mueven las manos instintivamente por el lienzo y el papel, guiados por algún espíritu invisible. Sin embargo, albergo el amargo presentimiento de que esta será la única vez en su vida que «crearán» arte. Y de que crecerán para sumergirse en vocaciones que no requieren belleza.

En mi primer día aquí, en esta pequeña aula, en esta pequeña ciudad del este del país, casi hace un año, le encargué a la clase que pintase un árbol.

—¿Qué tipo de árbol? —preguntaste.

- Cualquiera —respondí.
- Pero hay tantas clases de árboles...
- Cualquiera me sirve.

Aquello no te hizo gracia. Y mientras te quedabas allí sentada, indecisa, los demás mojaron y plantaron pinces, y me di cuenta de que cuando al final lo intentaste, estabas avergonzada, quizá incluso un poco humillada, porque tu árbol parecía un polo verde con su palito. Cometí el error de acercarme a tu lado de la mesa y halagar a la niña de tu derecha.

— Mira... Ha dejado que se filtre un poco de cielo por entre las ramas... Así es en realidad, ¿no? Un árbol tiene agujeros; hay huecos entre las hojas...

Me miraste con algo parecido al odio.

Es una mirada a la que me acostumbré en aquellos primeros meses. Dijese lo que dijese, fuese a ti o a otro alumno, resultaba incendiario. No cometías ninguna falta abiertamente, ni hacías nada por lo que pudiese echarte de clase o mandarte al director, lo cual quizá hubiese facilitado las cosas. En lugar de aquello, percibía un motín latente y furtivo. Te acogías a la ley del mínimo esfuerzo. Te pasabas la mayor parte de la clase mirando con desgana, excusándote para ir al baño y volviendo justo antes de que sonase el timbre. No te interesaba participar ni responder a ninguna pregunta, y la contestación invariable si te planteaba alguna interrogación directa era un taciturno «No lo sé».

Y así ha ido pasando el curso.

E incluso hoy me diriges la misma mirada de odio. Estamos pintando un paisaje nevado en clase; observo el cuadro que has hecho, y digo en tono de reprimenda:

— ¿Has visto alguna vez un blanco puro en la naturaleza?
Frunces el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir... Que la nieve no es blanca blanca, ¿no? Hay matices de azul, de gris, de rosa, de amarillo, hasta de púrpura... El blanco no se vería si fuese solo blanco.

Y entonces cometo el mayor error de todos. Te retoco la pintura. Hundo el pincel en un poco de azul, negro y agua, y lo distribuyo por tu paisaje.

Un toquecito aquí, un puntito allá. He mejorado la pintura, pero te he perdido a ti.

Desde ese momento, te niegas a coger un pincel. Aun ante la amenaza del castigo y del suspenso.

Eres la niña de doce años más testaruda que conozco. Y me haces pensar con nostalgia en la época del castigo físico.

Luego, cuando pido en clase que me deis las tareas para ponerles nota, me entregas una hoja en blanco.

—¿Qué es esto? —pregunto mosqueado.

—Unos pájaros blancos que atraviesan volando unas nubes blancas.

Te suspendo. Luego te apruebo. Tengo más la sensación de haberte fallado que la de que hayas fallado tú.

Seguimos con otras cosas, pero para todas posees una espectacular falta de talento. Tus naturalezas muertas son flojas; tus carboncillos, un desastre. No puedo permitirte tocar los óleos porque son caros y me han dado instrucciones de que los «guarde» para los mejores alumnos de la clase. Te quedas alucinada con los acrílicos, los usas como acuarelas, pero se secan demasiado pronto y dejan pegotes duros de color en donde no deben.

Quizá más adelante, cuando lleve años enseñando, sepa cómo enfrentarme a alumnos como tú. De momento, no tengo la menor idea.

Tengo la sensación de haberlo intentado todo: amenaza, coerción, indiferencia, paciencia. He hablado con el resto de tus profesores, ellos tampoco lo entienden. Eres tranquila y buena en todas sus clases. Sientes un leve desprecio por la química, te gustan la literatura, la biología y la historia, y tienes un talento intuitivo para las matemáticas. Pero eso no me sorprende.

Siento que te he perdido por completo, hasta el día en que te pregunto si te gustaría jugar con papel.

— Y hacer ¿qué? — Parece que esto también te inspira desdén.

— Bueno, podemos hacer formas para empezar...

No parece que la cosa te impresione para nada.

— ¿Has oído hablar del origami?

Niegas con la cabeza, vacilante.

Cómo debes de odiar admitir que no sabes algo. Me siento casi triunfante.

Te tiendo hojas de papel y un manual de instrucciones para principiantes. Tengo la sensación de que quizá prefieras eso a que yo te dé instrucciones. Examinas las páginas, eliges una forma, profundamente concentrada. Es asombroso. Se te da fenomenal. De tus dedos surgen grullas y cajas, ranas y mariposas, cangrejos y flores. Presionas y doblas las líneas, claras y complicadas, con industrioso cuidado y precisión. Son ejercicios de exactitud. Cada uno del mismo tamaño y la misma forma que el otro. Estás sentada en una esquina de la clase, plegando con paciencia, doblando y alineándolos todos cuando están terminados. Quiero decirte que son preciosos, pero me preocupa que, por el contrario, eso pueda disuadirte, así que observo y me callo mi elogio.

Después se opera un cambio radical.

Eres la primera en entrar en clase y la última en marcharse.

Me sigues con los ojos mientras me muevo de un grupo de alumnos a otro y cuando alguien viene a mi escritorio buscando ayuda. Remoloneas al final, mostrándome todo lo que has hecho ese día, ansiosa, si no me equivoco, por recibir mi aprobación.

Al principio no estoy muy seguro de cómo responder. ¿Debo parecer complacido? ¿Debo ignorarte ahora, a mi vez? Reflexiono y, lleno de confusión, te doy una de cal y otra de arena, pero eso, lejos de desanimarte, parece aumentar tu determinación. Me paras en los pasillos y en la biblioteca, a veces en el césped, e inicias con dulzura conversaciones de lo más insulsas. Hablamos del tiempo y del almuerzo, y de si me gustan los perros o los gatos.

— Los perros — digo.

— Los gatos — dices tú.

Y a todo lo que yo contesto le sigue un «¿Por qué?».

¿Por qué me gustan más los guisantes que las patatas? ¿Por qué preferiría tener una bicicleta y no un coche? ¿Por qué los perros? ¿Por qué soy vegetariano? ¿Por qué me gusta el chocolate negro? ¿Por qué leo poesía? Cuando te devuelvo las preguntas, me doy cuenta de que eres sorprendente y agradablemente impulsiva. No te piensas las cosas. Te gusta la remolacha por su color. Los gatos por sus ojos. El chocolate blanco porque no es chocolate de verdad. La poesía te aturde. Respondes de modo visceral. Todo a tu edad es instinto.

Me enseñas exámenes y redacciones, trabajos por los que has destacado. Te elogio como creo que lo haría un padre. No te gustan demasiado los deportes, según me dices. A pesar de que tienes madera para correr, lanzar y participar. Te gusta la música, pero no te interesa tocar ningún instrumento.

— Me gusta cantar — me confiesas con timidez.

— Cántame algo.

—¿Así sin más?

—Así, sin más.

Estamos fuera, recorriendo un camino del recinto escolar.

—¿Qué quieres que cante?

—Lo que quieras.

Tardas un momento en elegir y luego empiezas a cantar tan bajito que tengo que inclinarme para oírte. Es una vieja canción de los años setenta. Me pregunto cómo es que la conoces. A lo mejor tus padres la ponen en casa, y has crecido escuchándola. Es la canción de un hombre que llama por teléfono a una persona a la que quería y que lo abandonó. Es dulce y tonta, y queda fuera de lugar viniendo de ti, pero la cantas hasta el final, y yo aplaudo.

Una vez me traes una flor, una magnolia grande y pesada. La lluvia la ha arrojado al patio, y ahora yace en mi mano con su brillo húmedo. Es de un rosa pastel que se hace más profundo en el centro y más pálido en los extremos de los pétalos cerosos. La meto en una botella llena de agua y me la llevo a casa al final del día. Tu atención me tiene emocionado, y también desconcertado. Es una sensación intensa, como salir a la luz del mediodía. Nunca he estado en posición de recibir algo así. Y me digo que eres una niña, que no sabes hacerlo mejor. Tus sentimientos van hacia acá y hacia allá, revolotean de cosa en cosa, de persona en persona. Pronto te cansarás de esto, y te fascinará otra persona. Pero tu afecto no parece desgastarse pronto.

Pienso que quizá sea mejor apartarte un poco, ser un poco más distante, menos accesible. Después de todo, no queremos que se te vaya la mano. Así que me muestro cortés pero más reservado. Si te veo venir por el pasillo me escondo en algún aula. Te digo que estoy ocupado cuando te topas conmigo en la biblioteca. Salgo del colegio con mis compañeros. Me siento en el césped, absorto. Pareces perpleja, aunque no de-

sanimada. Pero cuanto más reclamas mi atención, menos te concedo. Es una danza terrible y me siento fatal, pero no sé qué otra cosa hacer.

Algunos días me encuentro grullas de papel en la mesa; a veces, una libélula.

Al principio las recogía y las colocaba en un estante, como un zoo desordenado e inerte. Ahora intento decirte que se los puedes llevar a tus padres para darles una sorpresa agradable, pero me miras en silencio. Cuando insisto, acabas por decirme que no puedes y te marchas.

Tu respuesta me inquieta, pero no puedo preguntarte directamente sobre ese asunto. Al menos todavía no. No tenemos tanta confianza. Me pregunto si alguna vez la tendremos. Así que hablo con los demás profesores, que llevan más tiempo dándote clase, y les pregunto si saben algo sobre ti y tu vida familiar. Hay varias conjeturas. Alguien pregunta: ¿no es huérfana? ¿O de familia monoparental? No, dicen los demás, no creen que sea eso, pero tus circunstancias familiares se salen ligeramente de lo común. Entonces tu profe de mates toma la palabra y dice que, si no se equivoca, no es que hayas perdido a tus padres, sino que viven en otro sitio, y que, al menos durante el periodo escolar, estás en casa de tus abuelos. No es que te hayan abandonado, añade a toda prisa, sino que tu padre trabaja en otro estado, uno que tiene pocas escuelas de buena reputación, o ninguna. Mi corazón sale a reunirse contigo y con tus compañeros de papel.

A partir de ese momento soy más amable.

No te falta por completo el talento para la escultura de arcilla, pero te doy más ánimos de lo normal.

—Es una vaca muy bonita —digo.

Me miras dubitativa.

—Se supone que es un caballo.

A toda prisa me pongo a hablar de que el arte se halla en el ojo del espectador.

—Entonces ¿no importa lo que yo intente hacer? —pregunta otro alumno.

—Sí. Pero no puedes controlar lo que los demás deciden ver.

Te quedas en la clase, rezagada, hasta que los demás se marchan. Me pregunto por qué. No creo que tengas intención de interrogarme acerca de la subjetividad de la interpretación. Vienes arrastrando los pies hasta mi mesa con papeles y libros en la mano. Llevas el pelo desarreglado, sin las acostumbradas trenzas, y el lazo te arrastra por el brazo. Tienes doce años, pero tus miembros parecen en conflicto con tu edad, como si solo fuesen a asentarse una década más tarde. Vas a ser alta y guapa, estoy seguro, aunque ahora eres desgarbada, torpe y larguirucha. Me miras con los ojos tan oscuros como pintura.

—¿Siempre has querido dedicarte a esto?

Te pregunto a qué te refieres.

—A esto. —Paseas la mano por la clase.

Me recuesto contra la silla. Nadie me lo ha preguntado. Al menos no aquí. Podría contarte muchas cosas. Que por supuesto soñaba con trabajar con niños, enseñarles la belleza y a hacer cosas bellas. Pero decido contarte la verdad.

—No.

No parece sorprendida.

Me miro las manos; las coloco ante mis ojos.

—Quería ser pianista.

—¿Fuiste a una escuela de música?

Asiento. Así fue, durante muchos años. Hasta comencé a dar algún recital suelto. No había muchas posibilidades en la pequeña ciudad en la que vivíamos, así que también daba clases a domicilio, intentando ahorrar para irme a vivir a una gran ciudad.

—Y entonces ¿qué pasó? —O, en otras palabras, ve al grano, por qué estás aquí.

—Tuve un accidente... Me hice daño en las manos.

Con el frío pragmatismo de una niña, me miras y dices:

—Pero sigues pintando.

Respondo que es lo único que puedo hacer.

—Ah —dices, y te marchas. A lo mejor no había razón para ser sincero. Eres una niña. Con una comprensión limitada. ¿Qué estaba esperando? ¿Comprensión? ¿Preocupación?

Me quedo solo en el aula, sintiéndome, por alguna razón, decididamente tonto.

En la clase siguiente no apareces. Ni en la siguiente.

Y aunque intento fingir indiferencia, estoy preocupado. ¿Qué ocurre?, le pregunto a los demás. ¿Qué te pasa? Una infección bronquial, al parecer. Que presenta tos y fiebre alta. Lucho conmigo mismo, quiero mandarte una tarjeta para desearte que te mejores, y al mismo tiempo mantener la distancia. Sé que tus compañeros te han hecho tarjetas, pero no firmo ninguna con ellos. No pregunto por iniciativa propia. Vuelves a los diez días, más pálida, débil, aún con tos. Has perdido peso. Te hago una florecita de arcilla, la pinto de rojo y te la dejo en tu rincón. Lo hago con todos los alumnos que se han puesto enfermos. Me das las gracias al final de la clase y no te quedas, como sueles hacer. Me quedo preguntándome por qué, incómodo.

Te veo más silenciosa de lo habitual, distante.

Has dejado los animales de papel y las figuras de arcilla, y en lugar de eso estás pintando hoja tras hoja de papel de un azul profundo e invariable. Luego de naranja. Luego de verde. Te digo de broma que haces arte abstracto, pero no te ríes.